

ROSAY AZUL



SUMARIO Joyas literarias: El niño de los zapatos de pan (conclusión), por Teófilo Gautier, con ilustraciones de Breñosa.—Página artística.—Excursión escolar, con fotografías.—Coche humano (historieta cómica).—Mariposas (poesía), por Juan Redondo y Mendiña.—En las ferias (historieta ilustrada). Los trovadores burlados (pieza cómica), por E. Maestre.—Impresiones callejeras, por Gregorio de Mújica.—Nuestros cazadores (historieta ilustrada).—Correspondencia.—Pasatiempos. Y las divertidas

Aventuras de un pequeño filósofo.

24 páginas, 15 céntimos

ROGAMOS

á nuestros Corresponsales nos remitan los ejemplares que tengan sobrantes de los números 43, 44 y 45, pues nos hemos quedado sin ninguno. Gracias anticipadas.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

| | |
|---|---------------|
| MADRID.—Trimestre..... | 1,50 pesetas. |
| PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista..... | 6 — |
| EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista..... | 12 — |

Nuestros regalos de Enero

A todos los que en este mes se suscriban por un año, les regalaremos los folletines que van publicados (la mitad de la obra) de las **Aventuras de un pequeño filósofo** y la novelita **Día feliz**, encuadernada.

A los que sólo lo hagan por seis meses, los folletines.

Córtese el adjunto cupón y remítase acompañado de su importe.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1905.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PARA COLEGIALES

Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. *←←←

San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É IN-
STRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



ALBERTO ZULUETA (de nueve años)

Habitante en Bilbao, Fueros, núm. 4

(34 de las fotografías admitidas.)

JOYAS LITERARIAS

EL NIÑO DE LOS ZAPATOS DE PAN

(Conclusión.)

MAESTRO — le dijo —, escoge buena madera de corazón de encina, que no se pudra ni puedan carcomer los gusanos; corta cinco tablas y dos tablillas y hazme un féretro de este tamaño.

El carpintero tomó la sierra y el cepillo, ajustó las tablas y golpeó con su martillo sobre los clavos lo más suavemente que pudo para que no entrasen sus agudas puntas en el corazón de la mujer más profundamente que en la madera.

Parecía aquella obra, por lo delicada y bien hecha, una cajita para guardar joyas y blondas.

—Carpintero que has construido un ataúd tan lindo para mi niño Hanz, te regalo mi casa que está en un extremo de la aldea, y el jardinito que la circunda y el pozo con su viña. No tardarás mucho en poseerlos.

Llevando bajo su brazo el sudario y el ataúd, que era muy pequeño, iba por las calles del pueblo, y decían los niños que ignoraban lo que es la muerte:

—Mirad á la madre de Hanz cómo le lleva

una preciosa caja de juguetes de Nuremberg; sin duda habrá dentro una ciudad con sus casas de madera barnizadas, su campanario cubierto de plomo, su castillo con sus torres

almenadas y los árboles de los paseos con su follaje verde y rizado; ó quizá contenga un lindo violín con sus clavijas torneadas en el mango y su arco de cerdas de caballo. ¡Oh! ¡Nosotros queremos una caja como la suya!

Y las madres, palideciendo, los abrazaban y hacían callar, exclamando:

—¡No seáis imprudentes ni digáis eso: no deseéis la caja de juguetes ni la caja del violín que lleva debajo del brazo, derramando lágrimas; demasiado pronto la tendréis, pobres hijitos míos!

Al entrar en su casa la madre de Hanz tomó el cadáver, todavía precioso, de su hijo y se puso á hacerle esa última compostura, que debe ser muy esmerada porque ha de durar toda la eternidad.

Le puso su traje de los domingos, un vestido de seda y un abrigo de pieles para que



no sintiese frío en el húmedo recinto que iba á ocupar, y colocó á su lado la muñeca con ojos de esmalte que constituía su encanto y con la que se dormía en su cuna.

Después, al cubrir con la mortaja el lindo cuerpo en que había depositado mil veces el último beso, notó que había olvidado ponerle sus vistosos zapatitos encarnados.

Los buscó por la habitación, porque le causaba gran pena ver desnudos esos pies tan calientes y sonrosados otras veces, y ahora tan lívidos y yertos; pero las ratas, durante su ausencia, tropezaron con los zapatos metidos debajo de la cama, y á falta de mejor alimento los habían pellizcado, roído y agujereado la piel.

Le era muy sensible á la pobre madre que su hijo fuese al otro mundo con los pies desnudos, y es que, cuando el corazón está convertido en una llaga, basta con tocarle para que salga la sangre.

Mirando los zapatos se echó á llorar; en sus ojos enrojecidos y secos quedaba todavía una lágrima.

¿Cómo adquiriría otros zapatos para Hanz, si había entregado su sortija y su casa? Esta idea le produjo un tormento intolerable, y, á fuerza de discurrir, concibió un proyecto.

En la hucha quedaba una hogaza entera, porque hacía tiempo que la infeliz, alimentándose con su propia pena, no comía nada.

Partió el pan, acordándose de las veces en que para distraer á Hanz había hecho con la miga pichones, patos, gallos, zuecos, barcos y otras niñerías.

Colocó la miga en el hueco de una de sus manos, amasóla con el dedo pulgar de la otra, y, humedeciéndola con sus lágrimas, formó un par de zapatitos de pan, que metió en los pies fríos y azulados del niño muerto, y con el corazón más aliviado, extendió sobre él la mortaja y cerró el ataúd. Mientras estuvo amasando la miga, llegó un pobre á la puerta, pidiendo con timidez un pedazo de pan; pero

le hizo una señal con la mano para que se retirase.

El sepulturero tomó la caja y la enterró en un rincón del cementerio, junto á un blanco rosal; el viento era suave y la tierra no estaba humedecida por la lluvia, lo cual fué un consuelo para la pobre madre, que pensó no pasaría muy mal su pobrecito hijo la primer noche que iba á dormir en la tumba.

Al regresar á su casa solitaria colocó junto á su cama la cuna de Hanz y se acostó, quedándose dormida. La naturaleza quebrantada se rendía al fin.

Durmiendo tuvo un ensueño, ó al menos así lo creyó.

Apareciósele Hanz vestido como lo puso en el ataúd, con su traje de los domingos, su abrigo forrado de cisne, teniendo en la mano su muñeca de ojos esmaltados y en los pies sus zapatos de pan.

Parecía que estaba triste.

No tenía esa aureola que la muerte debe prestar á la inocencia, pues el niño á quien cubre la tierra sale convertido en ángel. Las rosas del Paraíso no florecían en sus pálidas mejillas blanqueadas por la muerte; se deslizaban las lágrimas entre sus rubias pestañas y hondos suspiros levantaban su pecho.

Al desaparecer la visión, despertóse la madre bañada en sudor frío: estaba satisfecha por haber visto á su hijo; pero le causaba angustia el encontrarlo tan triste. Sin embargo, se conformó diciendo:

—¡Pobre Hanz! Ni aun en el Paraíso puede olvidarme.

A la noche siguiente renovóse la aparición. Hanz estaba más pálido y más triste.

Su madre le tendió los brazos y le dijo:

—Niño querido, consuélate y no te aburras en el cielo, que yo iré á divertirme.

A la tercera noche aparecióse Hanz nuevamente; gemía y lloraba más que las otras veces, y se alejó uniendo sus manecitas: no

traía consigo la muñeca; pero llevaba sus zapatos de pan.

Llena de inquietud, la madre fué á referir el suceso á un venerable sacerdote.

—Yo velaré esta noche á tu lado—le dijo el ministro del Señor—é interrogaré al alma del niño cuando se aparezca: sé las fórmulas que deben emplearse con los espíritus inocentes y los culpables.

A la hora de costumbre aparecióse Hanz, y el sacerdote le conjuró con las palabras consagradas, á fin de que dijese qué cosa le atormentaba en el otro mundo.

—Los zapatos de pan—respondió el niño—son los que causan mi tormento y me impiden subir la escalera de diamante del Paraíso: pesan más en mis pies que las botas de un postillón, y no puedo pasar de los dos ó tres primeros peldaños; esto me produce una pena muy grande, porque veo allá en lo alto una nube de hermosos querubines con alas de rosa que me llaman para jugar y me enseñan juguetes de plata y el más puro oro.

Y diciendo estas palabras se desvaneció.

El santo ministro, que era el confesor de la madre de Hanz, le dijo á ésta:

—Has cometido un gran pecado, que es el profanar el pan nuestro de cada día, el pan bendito, el pan de Dios, el pan que Jesucristo en la última cena tomó para representar su cuerpo; y después de haberle negado un pe-

(Ilustraciones de Breñosa.)



dazo al pobre que se acercó á tu puerta, has hecho con su masa unos zapatos para tu niño. Es necesario abrir el ataúd, quitarle esos zapatos y arrojarlos al fuego, que todo lo purifica.

Acompañado del sepulturero y de la madre, el sacerdote entró en el cementerio: pocos golpes bastaron para que la azada descubriese el ataúd, que en seguida fué abierto.

Allí estaba acostado Hanz, conforme su madre lo había puesto; pero tenía su rostro una expresión dolorosa.

El santo sacerdote quitó con cuidado de los talones del niño los zapatos de pan y los quemó por su mano en la llama de un cirio, rezando una oración.

Al llegar la noche, Hanz se apareció por última vez; pero venía sonrosado, satisfecho, en compañía de dos angelitos, de quienes ya era muy amigo. Traía alas de luz y una chichonera de diamantes.

—¡Oh madre mía!—le dijo con suavísimo acento—. ¡Cuánta alegría, cuánta felicidad disfruto, y qué magníficos son los jardines del Paraíso! Allí se juega continuamente y Dios no se incomoda nunca.

A la mañana siguiente, la madre vió de nuevo á su hijo; pero no en la tierra, sino en el cielo, pues murió aquella misma noche con la cabeza apoyada sobre la cuna vacía.

TEÓFILO GAUTIER.

Carta sin el pronombre al revés trar.

Signo tima **nota** mes del año:

Nota cibí **artículo** tuya del **dos docenas** que me ha llena **nota letras** a **caudal** de **agua** gura. **Letras** cirte **artículo** d **signo**

nombre de mujer que siento por **artículo** pérdida **letras** nu **signo** tra madre seria **verbo** tu aflicción.

Pro **carrera** confor **planeta** con **artículo** voluntad **letras** Dios como tu her **parte** del **cuerpo**.

ANTONIO MARQUERIE.



(Cuarta de las admittidas.)

EXCURSIÓN ESCOLAR

Llevada á cabo por los alumnos del Colegio de San Rafael, de Tortosa, provincia de Tarragona, al Santuario de Nuestra Señora de la Providencia.

Á las dos de la tarde del día 26 de Noviembre del pasado, salimos de la sala-escuela, dirigiéndonos por el Ensanche á las afueras de la población, siguiendo el camino que guía al Ermitorio de Nuestra Señora de la Providencia ó de *Mitj-Cami*, como la llamamos en catalán.

Cuando se dejan las casas del Ensanche, y tomando á la izquierda, se presenta una cuesta bastante pronunciada, que el público ha bautizado con el nombre de *Simpática*, que va desarrollándose en línea recta entre las antiguas murallas de los fuertes de *Orleans* y los cuarteles, donde se halla alojado el primer batallón de Luchana, que guarnece esta plaza, terminando frente á la verja de hierro que cierra la entrada de la finca del Sr. Nivera (D. Enrique).

Como el aire era muy tenue y no estábamos sudados, pudimos descansar unos momentos, sentados en la margen de la finca ya nombrada, y aprovechando el descanso nuestro Profesor ordenó á dos de nuestros compañeros que fueran por aquellos ribazos y trajeran una planta cualquiera, pero que tuviese flor, para ver si los alumnos de la

clase superior, que estudiamos Botánica, la sabíamos clasificar.

Pronto estuvieron de regreso, trayendo como trofeo una planta que entregaron al Profesor, el cual, dirigiéndose á nosotros, nos preguntó:

—Vamos á ver, ¿quién de todos vosotros sabe el nombre vulgar de esta planta?

—*Lletrera*— respondimos todos.

—Muy bien; ¿y en castellano?

—*Lletrera*— dijimos.

—Esto es fácil. ¿A que no sabéis su nombre botánico?

—*Euforbia helioscopia*— dijo uno.

—Perfectamente. ¿A qué

familia pertenece esta clase de planta?

—A las *Euforbiáceas*.

—¿Sabes tú si figura en el herbario del Colegio?

—Sí, señor; hay tres especies: la *Euforbia characias*, la *Euforbia chamæsyce* y la que estamos estudiando.

—Muy bien, muy bien. Te has ganado un premio de aplicación, y en llegando á casa se te entregará á presencia de todos tus compañeros para que les sirva de estímulo en otra ocasión. Ahora, levantarse y sigamos adelante nuestro camino, que la tarde es



Plaza del Ermitorio donde está la Virgen de la Providencia, que se venera en Tortosa.

corta y hemos de trabajar mucho antes que el sol llegue á su ocaso.

Los niños nos dividimos en grupos; los unos, cantando un himno á la Virgen con música del maestro Pedrell; los otros, hablando y comentando la lección de Botánica. Llegamos frente á la finca del Sr. Burcet, donde, junto al camino, hay una altura que domina buen trecho de carretera, y á ella se encaramaron los más animosos, desde donde retaron á singular combate á los que les seguían.

—¡Somos los defensores de *Port-Artur*; vengan á nosotros los del Japón!

Los que se habían quedado en la carretera se declararon partidarios del país del Sol Naciente, y sin más explicaciones, empezó la batalla, en la cual no había más proyectiles que dos ó tres pelotas, ni más armas que las manos.

Unos y otros se batieron con denuedo y bazarria por espacio de algunos minutos, hasta que al fin los *nipones* dieron el asalto á la fortaleza, y los rusos, abrumados por el número y no pudiendo atender á todos los puntos de ataque, fueron desalojados de sus posiciones, quedando prisioneros de guerra de los *japoneses*.

El señor Profesor, que estaba presenciando el simulacro para que las cosas no pasaran á mayores, nos dijo que lo que habíamos hecho era falsear la Historia; pues la plaza de *Port-Artur* resistía heroicamente los ataques del ejército japonés, y nuestros *rusos* se habían rendido demasiado pronto.

—No nos hemos rendido voluntariamente—dijo el que parecía ser el jefe de la for-

taleza—. Del modo que hemos sido atacados, y con fuerzas tan superiores, era completamente imposible la defensa, y de no rendirnos, no nos quedaba otro recurso que emular las glorias de Sagunto y de Numancia.

—O quemar las naves, como Hernán Cortés—añadió otro.

—¡Fuera, fuera!—gritaban los del bando victorioso—. Sois prisioneros de guerra y...

La discusión se hizo general, y sin dejar el camino, pronto nos encontramos en la plazoleta del Ermitorio, que aquella tarde

estaba muy concurrido de fieles, cosa muy natural sabiendo la veneración que Tortosa siente por la Virgen de la Providencia.

Entramos en la Iglesia para saludar á la Virgen y algunos subieron al Camarín para adorar su santa reliquia.

Vimos el altar mayor, que acaba de

construirse, y que por cierto que es una verdadera obra del arte decorativo, de muchísimo gusto artístico.

Salimos del Santuario para sacar algunas vistas fotográficas de la Ermita, las cuales, juntas con otras de los alrededores de Tortosa, las hemos de unir á la reseña de esta excursión escolar, para que los lectores de ROSA Y AZUL puedan darse idea de este hermoso país.

Terminado el trabajo fotográfico, nos dedicamos á admirar el magnífico panorama que se desarrollaba ante nuestra vista, y con la ayuda de un potente antejo, montado sobre un trípode, propiedad del Reverendo P. Buenaventura Pallarés, cura encargado de la Ermita, descubrimos perfectamente los



Afuera de Tortosa.

pueblos de Cherta, Aldover, el Jesús, Las Roquetas, Regués, Santa Bárbara... Sobre todo, llamaba extraordinariamente la atención el magnífico *Observatorio astronómico, meteorológico y sísmico del Ebro*, que los PP. Jesuítas han montado con gran esplendor en una de las montañas cercanas á Roquetas, y que nosotros, con el antejo, veíamos hasta en sus menores detalles.

Se había hecho tarde. El sol escondíase entre las últimas estrivaciones de los montes

de Caro; la temperatura descendía notablemente, y, sin esperar á más, empezamos nuestro regreso, llegando á la casa-escuela á las seis de la tarde, sin que hubiese ocurrido el menor incidente, y con grandes deseos de repetir estas excursiones, de las cuales tan buenas enseñanzas sacamos y tan gratos recuerdos deja en nuestros corazones.

Tortosa, 16-12-904.

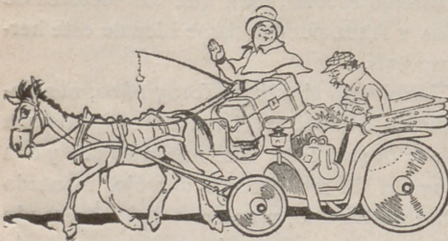
VARIOS ALUMNOS.

NOTA. Publicaremos con mucho gusto cuantas reseñas de esta índole nos remitan los señores Profesores.

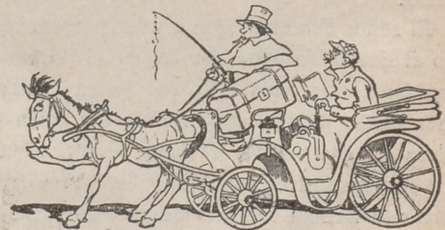


Grupo de niños gibraltareños, que asisten al colegio que sostienen en La Línea (Cádiz) los Hermanos de San Juan de Dios, del cual es Rector Fray Santos Pérez.

COCHERO HUMANITARIO



—Arrea, que llegamos tarde y no quiero perder el tren.



—Espere usted que está estornudando la jaca. Con la humedad se ha *costipao*.

bargo, ambos eran demasiado jóvenes para pensar en el matrimonio, y aunque paseaban, hablaban, reían y jugaban juntos, siempre estaban en casa á las horas de comer.

La joven pensaba en su interior que prefería á Juan hasta á sus hermanos, y Juan pensaba que Inés era la muchacha más bonita y más amable que había visto hasta entonces.

Al cabo de quince días nuestros dos guardias marinas se despidieron llevando cartas de recomendación para muchas de las principales familias de Palermo.

La señora de Rivera abrazó á ambos; don Diego les dió su bendición; los labios de doña Inés temblaron al decirles adiós, y tan luego como montaron en las mulas que llevaban se retiró á su cuarto y dió rienda suelta á sus lágrimas. Juan iba también muy grave, y con los ojos húmedos ante el pensamiento de dejar á Inés. Ninguno de ellos tenía conciencia hasta la hora de marchar de lo mucho que sentían la partida.

En el primer cuarto de hora siguieron á su guía en silencio. Juan deseaba no distraer sus pensamientos. Gascoigne lo advirtió. Al cabo de un cuarto de hora dijo:

—Si yo hubiera estado en lugar de usted, amigo Juan, no me hubiera separado de Inés.

—¿Por qué dice usted eso?

—Estoy seguro de ello: no veía más que en su presencia de usted; si estaba usted fuera de la habitación, no hablaba una palabra, y permanecía sentada y melancólica como un mono enfermo hasta que usted volvía. Entonces, su rostro resplandecía como el sol y era todo vida y movimiento.

—Yo creía que las personas estaban siempre melancólicas cuando se hallaban enamoradas—, dijo Juan.

—Eso sucede cuando el objeto de sus amores está ausente.

—Pues ahora que estoy ausente me encuentro triste, de manera que, según su argumento de usted, debe suponerse que estoy enamorado. ¿Pero puede un hombre estar enamorado sin saberlo?

—Yo realmente no lo sé, Juan, porque nunca lo he estado; pero he visto á otros muchos en ese caso y me parece que puedo contestar afirmativamente á su pregunta. Ya me llegará mi turno. Dicen que para todo hombre ha criado Dios una mujer especial, la dificultad está en encontrarla. Ahora bien; es mi opinión que usted ha encontrado la suya, y apuesto cualquier cosa á que en este momento Inés está llorando.

—¿Lo cree usted así, Gascoigne? Entonces, volvamos. Pobrecita Inés, volvamos. Conozco que la amo y se lo voy á decir.

—¡Bah!, tontería; ya es demasiado tarde; debería usted habérselo dicho antes, cuando paseaba con ella por el jardín.

—Pero yo no lo sabía, Gascoigne. Sin embargo, como usted dice sería insensato volver atrás; la escribiré desde Palermo. Nuestros aventureros llegaron bastante tarde á aquel día á Palermo. Se alojaron en la fonda.

Gascoigne se sentó á la mesa y escribió una carta, en su nombre y en el de su amigo, á D. Diego de Rivera, dándole infinitas gracias por sus bondades, informándole de su feliz llegada y manifestándole la esperanza de que se verían en breve.

Juan escribió á Inés una carta en español en la cual decía que ni el mar, ni el tiempo, ni el agua, ni el aire, ni el cielo, ni la tierra, ni el primer teniente, ni su padre, ni la ausencia, ni la muerte misma, le impedirían volver á Sicilia y ca-

sarse con ella en la primera oportunidad; suplicándola que rechazase todas las ofertas que se le hiciesen, porque él volvería, aunque no sabía ni decía cuándo.

Era aquélla una carta de amor perfecta.

Enviaron por un sastre y cada uno se mandó hacer nuevas prendas de ropa; entregaron sus cartas de recomendación y se dirigieron á casa del banquero á quien D. Diego les había recomendado.

—Voy á girar por diez libras, Juan— dijo Gascoigne—, fundándome en nuestro naufragio; dire la verdad, toda la verdad, excepto que nos olvidamos de pedir licencia; eso lo omitiré y estoy seguro que mi historia valdrá las diez libras. ¿Cuánto va usted á girar por su parte?

—Por mi parte nada menos que doscientas libras—contestó Juan—; quiero que nuestra excursión sea buena en todo lo que de mí dependa.

—¿Pero qué dirá su padre de usted?, Franco. ¿Consentirá en pagarlas?

—Indudablemente.

—Tiene usted razón, es filósofo. Yo quisiera que hubiese enseñado filosofía al mío, porque indudablemente mi padre tiene horror á las letras de cambio que se le giran.

—Entonces no gire usted, querido Gascoigne; yo tengo bastante para los dos. Si todos los hombres tuvieran igual derecho á la misma participación de los bienes de este mundo, usted debería girar tanto como yo; pero como no puede usted hacerlo, tendrá usted la mitad de lo que á mí me toque, obediendo por mi parte á los principios de igualdad.

—Al fin me convertirá usted á su filosofía, Juan, que, bien pensado, no me parece tan fuera de razón. De todos modos, por ahora salva á mi anciano padre de pagar diez libras, que acaso le costaría

trabajo encontrar, porque es un coronel retirado.

A su vuelta á la posada encontraron á don Felipe y á D. Martín, á quienes don Diego había escrito. Les recibieron con los brazos abiertos. Eran dos jóvenes de diez y ocho y diez y nueve años que estaban concluyendo su educación en el ejército. Juan les convidó á comer, y en breve llegaron á ser inseparables.

Llevaronles á los teatros y á las tertulia y reuniones de la nobleza, y como Juan perdía su dinero con muy buen humor, y era un mozo gallardo, en todas partes fué perfectamente recibido.

Tres semanas pasaron así como un relámpago; ni Juan ni Gascoigne pensaban en volver á Malta.

Al fin un día la fragata *Aurora* ancló en la bahía de Palermo, y Juan y Gascoigne, que estaban en la tertulia del duque de Pentaro, encontraron en ella al capitán que había sido invitado á la reunión.

La Duquesa les presentó al capitán Tartar, el cual, viéndoles en traje de paisano y creyendo que eran ricos viajeros ingleses, estuvo muy afectuoso con ellos.

Juan quedó tan complacido de su urbanidad, que le pidió el favor de que les acompañara á comer al día siguiente; el capitán Tartar aceptó la invitación y se separaron estrechándose la mano con muchas expresiones de contento por haber entablado mutuas relaciones de amistad.

Juan tuvo aquel día muchos convidados y una comida suntuosa. Los caballeros sicilianos no bebieron mucho; pero el capitán Tartar era aficionado á la botella, y aunque el resto de los comensales dejó la mesa para ir al baile que daba aquella noche la marquesa de Novara, Juan era demasiado cortés para no quedarse con el capitán. Gascoigne puso su silla junto

á la de Juan, temiendo que éste se hallara un poco afectado por el vino que había bebido y dejara escapar su secreto.

El capitán tenía una conversación muy entretenida. Juan le dijo que le daría un gran placer si algún día se presentaba en Forens-Hill, propiedad de seis mil fanegas de tierra perteneciente á su padre, de quien era único heredero.

El capitán Tartar se mostró respetuosísimo cuando supo que se hallaba en tan excelente compañía, y después preguntó á Juan con qué objeto había ido á Palermo.

Juan, cuya prudencia se iba desvaneciendo á medida que bebía, le contestó que había llegado á Italia en la goleta *Harpy*. Gascoigne dió á Juan un pisotón, que fué inútil, porque el vino se le había subido al cerebro, lo mismo que sus nociones de igualdad.

—¡Oh!, Wilson le daría á usted pasaje— dijo el capitán—; es un antiguo amigo mío.

—También lo es nuestro— contestó Juan—; es un buen sujeto el tal Wilson.

—¿Pero adónde han estado ustedes desde que salieron de Inglaterra?— preguntó el capitán Tartar.

—En la *Harpy*—dijo Juan—, pertenecemos á ese buque.

—¡Pertenecen ustedes á ese buque! ¿Puedo preguntar en qué clase?

—Como guardias marinas— contestó Juan.

—¡Hum! ¿Estarán ustedes con licencia?

—No tal; le contaré á usted todo, querido compañero.

—Dispéñeme usted por un momento— dijo el capitán Tartar levantándose—; debo dar á mi criado algunas órdenes que se me habían olvidado.

El capitán Tartar llamó desde la ventana al patrón de su lancha; salió por la

puerta de la habitación y allí dió algunas órdenes, volviendo después á sentarse á la mesa. Entretanto Gascoigne, que esperaba una tempestad, estuvo aconsejando á Juan en tono bajo mientras el capitán le tenía vuelta la espalda; pero fué inútil: la extraordinaria cantidad de vino que Juan bebió se le había subido á la cabeza y no hizo caso de las observaciones de su compañero.

Cuando el capitán volvió á sentarse á la mesa, Juan le hizo exacta relación de todo lo que había pasado; su huésped prestó la mayor atención. Juan puso el sello á su confianza diciendo que al cabo de ocho días, poco más ó menos, volvería á la casa de D. Diego de Rivera y ofrecería su mano á doña Inés.

—¡Ah!— exclamó el capitán Tartar como asombrado y comprimiendo los labios.

—Tartar, ahí tiene usted vino—dijo Juan—, permítame que le sirva.

El capitán Tartar se recostó en la silla y dió una especie de silbido como si apenas pudiera contenerse.

—¿No quiere usted más vino?— dijo Juan muy finamente—; entonces iremos á casa de la Marquesa.

El patrón de la lancha abrió la puerta, echó mano al sombrero, saludó al capitán y le miró de un modo significativo.

—Es decir— gritó entonces el capitán Tartar con voz de trueno y levantándose de la silla—, ¡es decir que ustedes son dos guardias marinas prófugos, que si pertenecieran á mi buque, en vez de casarles en Palermo les casaría con la horca; dos guardias marinas en trajes de paisano mezclándose con la mejor sociedad de Palermo y teniendo la desvergüenza de convidar á un capitán á comer con ellos; teniendo la osadía de apellidarme compañero!

El capitán Tartar estaba tan enfurecido que dió un puñetazo sobre la mesa haciendo saltar los vasos.

— Permítame usted observar — dijo Juan á quien las palabras del capitán habían hecho recobrar su juicio y serenidad —, que no pertenecemos á su buque y que estamos vestidos de paisano.

— De paisano, en efecto; unos guardias marinas disfrazados; son ustedes unos falsos caballeros, unos perdidos, sin una peseta en el bolsillo, haciéndose pasar por gente rica y acaso pretendiendo escaparse por la ventana para no pagar el gasto de la fonda.

— ¿Pretende usted que somos unos perdidos? — preguntó Juan.

— Sí, señor, usted...

— Miente usted — exclamó nuestro héroe encolerizado —. Yo soy un caballero y siento mucho no poder decir de usted lo mismo.

El asombro y la rabia del capitán le dejaron sin aliento. Trató de hablar, pero no pudo y se sentó, ó más bien se dejó caer en su silla. Al fin, recobrándose, gritó:

— ¡Mateo, Mateo!

— Señor — contestó el patrón de la lan-cha que había permanecido en la puerta.

— Que venga el sargento de Marina.

— Aquí está, señor.

El sargento entró y saludó al capitán echando mano al sombrero.

— Traiga usted una escuadra de marinos y apodérese usted de estos dos sujetos. Inmediatamente que estén á bordo que les pongan grillos en los pies.

Los marinos, con sus bayonetas armadas, entraron y se apoderaron del pequeño filósofo y de Gascoigne.

— Permítanos usted — dijo Juan que ya se había serenado enteramente — pagar nuestra cuenta antes de ir á bordo. No somos unos perdidos y la cuenta es bas-

tante grande; á no ser que, habiendo tomado posesión de nuestras personas, quiera usted hacernos el favor de pagarla por sí mismo—. Y arrojó sobre la mesa un grueso bolsillo lleno de duros—. Añadiré solamente, capitán Tartar, que deseo se dé una buena propina á los criados.

— Sargento, que paguen la cuenta — dijo el capitán Tartar en tono ya más comedido, tomando su sombrero y espada y saliendo del aposento.

— ¡Vive el cielo, Juan! ¿Qué ha hecho usted? Va usted á ser juzgado por un consejo de guerra y á ser separado del servicio.

— Me alegraría — contestó Juan —, pues que he sido tan necio que he entrado en él. Pero me ha llamado un perdido y yo le daré la respuesta mañana.

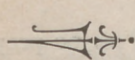
— Si son ustedes verdaderamente caballeros — dijo el sargento que había visto lo bastante acerca del capitán Tartar para conocer que el ser castigados por él no era prueba de haber cometido falta alguna —, si son ustedes caballeros tendrá que darles una satisfacción.

— Voy á subir á hacer las maletas mientras usted paga la cuenta — dijo Gascoigne —; que venga un marinero conmigo.

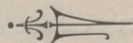
En menos de media hora, Juan y su compañero, en vez de encontrarse en el baile de la Marquesa, se encontraron con grillos en los pies en el sollado de la fragata *Aurora*.

Allí los dejaremos y volveremos al capitán Tartar que se había presentado en el baile á que estaba invitado. Al entrar se le acercaron D. Martín y D. Felipe preguntándole dónde había dejado á Juan y á Gascoigne. El capitán Tartar contestó bruscamente que estaban á bordo de su buque aprisionados con grillos.

— ¡Con grillos! ¿Por qué? — exclamó don Felipe.



MARIPOSAS



Á mi simpática amiguita María de la Concepción Meñaca.

De la alegre primavera
en los primeros albores,
pintadas mariposillas
la espesa fronda recorren.

Sobre las flores se paran,
entre las hojas se esconden,
y, sin fijarse en ninguna,
de todas la esencia absorben.

Tú, acaso fuiste tras ellas,
prendada de sus colores,
pensando que eran juguetes
y que cualquiera las coge.

Mas ellas, volando libres,
no han de consentir prisiones,
ni que una mano atrevida
sus alas de oro destroce.

Déjalas, no las inquietes,
su libertad no las robes;
deja que vuelen tranquilas
y hasta el cielo se remonten.

Así la dicha se escapa
cuando la buscan los hombres;
que en el mundo son lo mismo
mariposas é ilusiones.

¡Feliz tú, que de la vida
las miserias no conoces

y no te maltrata el mundo
con sus asechanzas torpes!

¡Quiera el cielo que halles siempre
caminos llenos de flores
y que embalsame tu vida
la esencia que de ellos brote!

Que alegrías y esperanzas
jamás tu pecho abandonen
y tan plácidas dulzuras
en acíbar no se tornen.

Y pues de tu edad florida
son hoy los días mejores,
¡ojalá que para ti
no corrieran los relojes!

Mas como esto no es posible
y siempre las horas corren,
yo pido al cielo que nunca
sufras tristes decepciones.

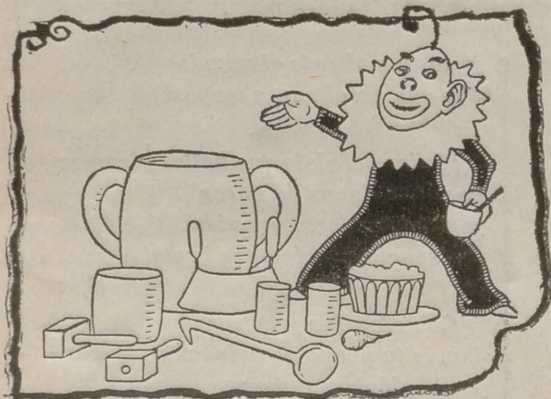
Que el desierto de la vida
en vergel se te transforme
y mariposas alegres
en torno tuyo se posen.

Y nunca olvides, María,
aunque rías ó aunque llores,
que en el mundo son lo mismo
mariposas é ilusiones.

JUAN REDONDO Y MENDUIÑA

EN LAS FERIAS

SEÑORAS y caballeros, niños y militares sin graduación: ¿Hay alguno de ustedes tan amable que quiera hacerme el obsequio de presentarme al distinguido auditorio?



¿No se atreven ustedes? Es igual. Lo haré yo mismo.

Soy Mr. Buscavidas, ex profesor de canto, ex maestro de instrucción primaria, ex director de una orquesta formada por dos (yo y mi clarinete), y otra porción de ex. Pues bien, señoras y señores, niños y militares sin graduación: á pesar de todos esos ex que he dicho y otros

que me he llamado, yo me moría de hambre ¡¡aaahhhh!!... Por eso decidí cambiar de profesión y me hice cocinero

Cocinero, sí, señoras, señores y etc.

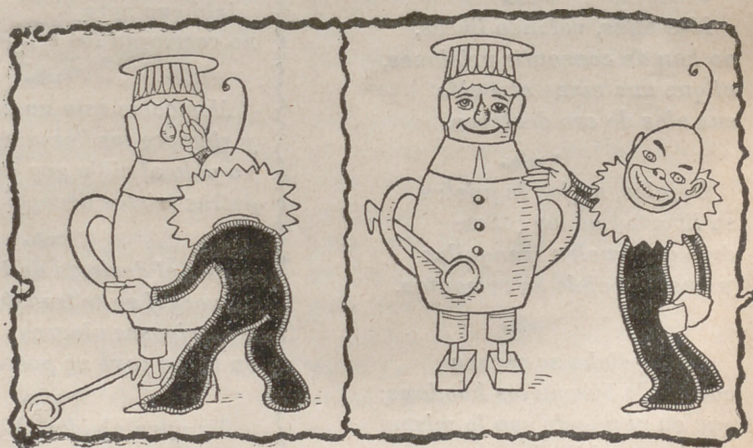
Aunque hablando con mayor propiedad, no fui cocinero, sino pinche.

¡Qué placer experimenté el día que tomé posesión de mi plaza!

En aquella cocina había de todo, y yo empecé á catar de aquí y de allí hasta que me vi harto.

A los pocos días ya sabía hacer algunos guisos, y comerme todos; pero como la dicha no es duradera, una noche me sorprendió el jefe de cocina cuando acababa de hacer su caricatura con todos los utensilios que hallé á mano, y me rompió las dos figuras: la suya, de una patada, y la mía, de unos cuantos sopapos.

He aquí por qué señoras, señores y etcétera, ando por esas ferias de Dios dando *audiciones* de esta mi nueva habilidad. Como ustedes han visto, no puede ser más sencilla. ¿Hay alguno que quiera imitar



mi trabajo? ¿Que no? Muchas gracias. Así al menos no tendré que añadir un ex más á los muchos que tengo. Buenas noches.

¡Ah! ¿Tienen ustedes alguna moneda suelta?

NUESTRO TEATRO

LOS TROVADORES BURLADOS⁽¹⁾ PIEZA CÓMICA, original de E. Maestre.

Conclusión.)

ESCENA IV

FLORIDOR y GUNDEMARO.

FLORIDOR

Si no hubiera sido por esa doncella,
le dejo tendido sin vida á mis pies.

GUNDEMARO

Sois muy generoso; mas se va con ella,
y tened seguro que vuelve después.

FLORIDOR

Si él hoy la acompaña, mañana, de fijo,
la veré rendida implorar mi amor.

GUNDEMARO

Estáis trastornado. Salomón lo dijo:
«¡Pobre de quien ama!» ¡Pobre Floridor!

FLORIDOR

Dejadle que vuelva, que en este recinto
le hais de ver cadáver, muerto le hais de ver;
que sin el acero en su sangre tinto
á nuestra hostería no me he de volver.

GUNDEMARO.—¿Escucháis ruido de pasos?

FLORIDOR.—Sí. Alguien se acerca.

GUNDEMARO.—Acaso sea la ronda. Como
os oyó hablar de cadáveres...

FLORIDOR.—Dejaos de bromas y oculté-
monos. (*Se van por la izquierda.*)

ESCENA V

RAÚL y ESPARABÁN.

RAÚL

Aquí es la dulce mansión
donde mora mi adorada.
¿Qué te dice el corazón?

ESPARABÁN

¡A mí! No me dice nada.

RAÚL

Ponme la mano en el pecho.

ESPARABÁN

Percibo ciertos latidos.

RAÚL

Ya me siento satisfecho.
¡Al fin rigen tus sentidos!

ESPARABÁN

Soy algo obtuso, señor;
mas ya sabéis que soy fiel.

RAÚL

Ahora, señor trovador,
¿recordáis vuestro papel?

ESPARABÁN

Sin faltar punto ni coma;
mas os vuelvo á recordar
que me parece una broma
el que aquí me hagáis cantar.

RAÚL

Suple tu voz argentina
á mi voz, que está premiosa.
Conque cántale á Rosina
la serenata amorosa.

(*Comienza á desaparecer la luna, y al final
de la serenata queda la escena completa-
mente á oscuras. Esparabán saca su laúd de de-
bajo de la capa, le temple y canta con músi-
ca de Boccaccio.*)

ESPARABÁN

Bella Rosina,
eres divina
encantadora
y peregrina.
Y tu hermosa
se me figura

(1) Véase el número anterior.

que dió á mi amo
su chifladura.

Los dos

Sal aquí, tipitipití,
muchacha hechicera.
Sal aquí, tipitipití,
muchacha graciosa.
Sal aquí, tipitipití.
Sal aquí, tipitipitón,
que Raúl
ya perdió la razón.

(*Repiten.*)

ESPARABÁN.—¿Qué os pareció, señor?

RAÚL.—¡Magnífico! Cantas como un ángel.

ESPARABÁN.— Como un ángel exterminador.

RAÚL.—¿Oyes?

ESPARABÁN.— Paréceme que rechina la puerta.

RAÚL.—Ya cerraron. Debe ser Rosina que, conmovida por los dulces acentos de la serenata, sale á pagar con su amor mis ternezas.

ESCENA VI

DICHOS y DON MENDO, que sale del castillo y se acerca adonde están, pero sin verlos á causa de la oscuridad.

RAÚL.—¿Sois vos, Rosina?

MENDO.—(Ahora es la mía.) (*Finje la voz.*)
Sí, yo soy; pero no os acerquéis. (*Saca la espada.*)

RAÚL.—Guardaré honesta distancia. Pero decidme: ¿os gustó la serenata?

MENDO.—En extremo: sois un gran cantor.

RAÚL.— Muchas gracias. Por agradaros fuera capaz de las mayores heroicidades. Porque, Rosina, os amo: dejadme que os lo diga en verso.

(*Esparabán se recuesta en la pared y queda dormido.*)

MENDO.—(Tiene gracia. Sigamos la farsa.)
Si sois tan buen poeta como cantor...

RAÚL.—Mejor aún. Escuchad:

Sois cual la aurora gentil;
esbelta cual la gacela,
y como el ave que vuela
en perfumado pensil,
graciosa y linda visión
que á cuantos la ven cautiva
y que por mostrarse altiva
me dejó á mí sin razón.

Sois la dama que sin sueño

me tiene hace más de un mes.

Rosina, mire á sus pies

(*Arrodillándose.*)

el que ansía ser su dueño.

Y aunque me llame villano,
mentecato y atrevido,
déjeme, ya que he venido,
posar un beso en su mano.

(*Coge la mano de Don Mendo y la besa.*)

ESCENA VII

DICHOS, FLORIDOR y GUNDEMARO, que salen por la izquierda.

FLORIDOR

Si no me engaño, de un beso escuchamos el rumor.

GUNDEMARO

Pues yo opino, Floridor,
que está oscuro y huele á queso.

RAÚL (*Levantándose.*)

Ya que dejasteis besar
esa mano peregrina,
encantadora Rosina,
también os he de abrazar.

FLORIDOR (*A Gundemaro.*)

¡Abrazarla! ¡Vive Dios
que no consiento tal mengual!

GUNDEMARO (*A Floridor.*)

Dejad en paz vuestra lengua
que ese puede con los dos.

(*Cuando Raúl intenta abrazar á Don Mendo, éste suelta una carcajada y le atiza un cintrazo.*)

RAÚL

¡Por Dios, que tenéis buen modo
de agradecer mi fineza!

MENDO

¡Basta, seor buena pieza!
¡Os voy á moler del todo!
(*Signe pegándole.*)

RAÚL

¡Socorrooo! Mi Esparabán,
ven á prestarme socorro.

ESPARABÁN (*Se despierta y corre adonde él cree que está su amo.*)

Señor, en su auxilio corro.

RAÚL

Que á descuartizarme van.

ESPARABÁN

¿Pego fuerte?

RAÚL

Pega duro.

(Esparabán la emprende á golpes con Gundemaro.)

GUNDEMARO

¡Eh! Que yo soy inocente
y me habéis dado en la frente.

ESPARABÁN

Porque doy sobre seguro.

GUNDEMARO

Socorredme, Floridor,
que me matan á estocadas.
Llamad á vuestras mesnadas.

ESPARABÁN

¿Oís los golpes, señor?

*(La lucha es general, llevando la peor parte
Raúl y Gundemaro.)*

RAÚL

Sí que los escucho, sí,
y más fuertes cada instante;
por detrás y por delante
llueven palos sobre mí.

MENDO

(Ya que está bien castigado
huyamos, que la justicia
suele á veces, sin malicia,
seguir camino truncado.)*(Vase corriendo por la izquierda. Aumentan
los golpes. Gritos; confusión; de los instru-
mentos saltan astillas.)*

ESCENA VIII

DICHOS menos DON MENDO. *A poco de salir éste
entra la ronda con linternas.*

CORCHETE 1.º—¡Alto á la ronda!

IDEM 2.º—Daos presos en nombre de
nuestro señor el Rey.FLORIDOR.—Aquí hay un criminal que se
aprovechó de la oscuridad para molernos el
cuerpo á cintarazos.

GUNDEMARO.—Y á guitarrazos.

RAÚL.—Y á garrotazos.

CORCHETE 1.º—¿Quién gritaba?

ESPARABÁN.—Todos.

CORCHETE 2.º—¿Y quién pegaba?

GUNDEMARO.—Ninguno.

CORCHETE 1.º—Dijisteis que uno molía el
cuerpo á cintarazos á los demás; ¿quién
es ese?FLORIDOR (*Señalando á Raúl.*).—Este.RAÚL (*Idem á Floridor.*).—Este.GUNDEMARO (*Idem á Esparabán.*).—Este.ESPARABÁN (*Idem á Gundemaro.*).—Este.CORCHETE 1.º—Como alguien pegó y no
hay forma de averiguar cuál fué, dense pres-
sos y ya dirán ante el Corregidor quién fué
el que apaleaba y quiénes los apaleados.

ESCENA FINAL

DICHOS y ROSINA.

ROSINA (*Sale del castillo.*)Yo os diré quién dió los palos
y quiénes los recibieron,
puesto que aquí sólo fueron
éstos, trovadores malos.Vinieron á cortejarme
sin saber á qué venían,
puesto que desconocían
que presto voy á casarme.Y aquel que ha de ser mi esposo
quiso espantar los moscones
que con sus necias canciones
turbando están mi reposo.Ya sabéis lo que ha pasado;
decidlo al Corregidor.
Señores, siento el dolor
que Don Mendo os ha causado.

RAÚL

Rosina, esto al cielo clama.

FLORIDOR

Ofensa de tal jaez...

ROSINA

Así sabrán otra vez
guardar respeto á una dama.*(Retírase majestuosa hacia el castillo y cae
el telón lentamente dejando ver el cuadro que
forman los burlados trovadores.)*

Vestir al desnudo

Con destino á esta sección han remitido: Clementina Marchesi, 3 pesetas; *Varios lectores*, 3 pesetas. Con estas cantidades hemos socorrido al niño Agustín Ruiz de Diego.

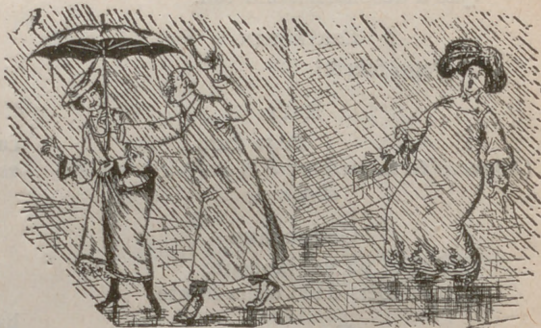
IMPRESIONES CALLEJERAS

¡Que viene bueno!...

YA están ahí! Vedlos. Disparados, con la velocidad de una centella, salen de la redacción en bullicioso tropel hiriendo los oídos de los transeuntes con sus chillidos penetrantes. ¡Ya están ahí! Voceando con energía entusiasta el nombre del periódico, corren, saltan, van y vienen con agilidad pasmosa, pasando ante nosotros como sombras fugaces que se pierden rápidamente entre la multitud. Siguen á los transeuntes, suben á los tranvías, persiguen á los coches, y los más audaces intentan asaltar los automóviles. Es el único medio de que podéis hacer uso para libraros de esas ardillas callejeras; pasar en automóvil y á toda velocidad.

La vista y el oído de estos propagandistas del movimiento continuo no tienen rival. Llamo á aquel que está lejos. ¿Si me oirá? ¡Chist!... Cómo corre. Ya está aquí, sudoroso, jadeante...—*Heraldo*—. Y separando uno del montón, en dos segundos lo dobla y me lo da con la mano entreabierta para que sin perder instante deposite la moneda al mismo tiempo que cojo el periódico. Está impaciente, moviendo los pies y volviendo la cabeza en todas direcciones, aun el brevísimo mo-

II.-VAYA UN YERNO



—Señorita, hágame el favor de aceptar.
LA MAMÁ POLÍTICA.—¡Pillo!... ¡Grosero!...

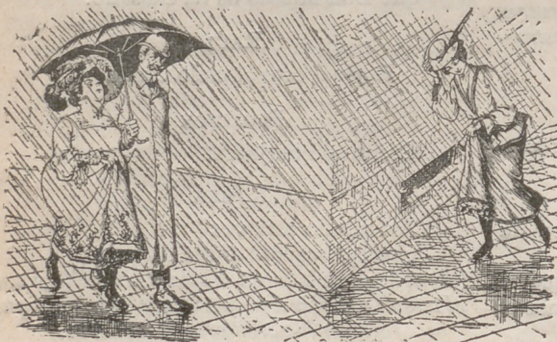
mento que le distraigo. Si hace uno además de meter los dedos en el bolsillo del chaleco, se encuentra como por encanto sitiado entre ocho ó diez manos que le ofrecen el periódico. Al *periodista*, como pomposamente se titula, no le intimida el invierno ni el verano. ¡Hace calor? Pues se pone sólo la blusa y los pantalones. ¡Hace frío? Para eso está el tapabocas. ¡Llueve? Se cubren los periódicos; lo demás no importa.

Es sagaz en extremo para gritar en voz alta: ¡*El Imparcial!*, y añadir muy bajito, casi al oído de uno, «*El Cencerro denunciado, que viene bueno*». Y siempre simpático, siempre alegre, sube al piso si desde el balcón se le llama y vuelve á los pocos momentos á volar por las calles.

Y después de entregar el producto de la venta de la mañana, vuelta á la tarde á vender más, y mañana otra vez, y todos los días á vender, á gritar, á correr, siempre con el oído atento para acudir en dos saltos adonde les llaman y á madrugar para llegar á tiempo y servir de despertador á los que perezosos permanecen en el lecho y... de tormento á los que no nos gusta usar del despertador.

GREGORIO DE MÚJICA.

I.-VAYA UN YERNO



—¡Cómo llueve, Eudelindo!
—A cántaros, mi querida mamá política.



NUESTROS CAZADORES



do á *mandíbula batiente*, le decía: «Vamos, coge *eso* y vete á la Embajada, infeliz, que para esta otra embajada no necesitabas escopeta.

CUENTOS DEL CONCURSO Con motivo de dar fin en este número á la publicación de la pieza **LOS TROVADORES BURLADOS**, y dar cabida á la página artística de este mes, nos vemos en la necesidad de retirar el cuento del concurso titulado **HAZ BIEN SIN MIRAR Á QUIEN**, que insertaremos en el número próximo.

CORRESPONDENCIA

Angel García.—Madrid.—Haga el favor de enviar la biografía de Campoamor otra vez.

Blas Pérez y Cía.—Idem.—Si me hubiera usted enviado ese soneto el día de Inocentes, acaso hubiera pasado. Hay que remitir cosas propias, amiguito.

G. de M.—Idem.—Esto sí me gusta; pero no para publicarlo como usted indica. Procure no excederse de tres cuartillas.

Iván Iscar.—Salamanca.—La carta entra en turno.

Alfonso Mejías.—Madrid.—Creo que puede usted hacer una carta mejor.

Luis Ruedas Ledesma.—Toledo.—¡Hombre, déjese usted de monos! Ya irán saliendo sus trabajitos.

N. C.—Madrid.—El año que hemos empezado verá usted cumplidos con creces sus deseos. Ahora no ha podido ser, porque

somos chiquititos,
mañana creceremos.

Rosario Alvarez.—Pravia.—Si viese usted mi retrato, tengo por seguro que se asustaría.

Antoñita García.—Valencia.—Los números atrasados cuestan 0,25 pesetas.

Flora Pérez Cía.—Idem.—Muy bien la solución.

Vicente Más.—Sóller.—Admitidos.

Juventino Ramírez.—Madrid.—Le complaceré.

Clementina Marchesi.—Madrid.—Acertó usted una.

Luis Alexandre.—Idem.—El cuarto está bien, pero ya no es oportuno. Los pasatiempos entrarán en turno. Lo otro obra en mi poder; mas es preciso esperar un poco, amiguito.

Vicente Luna.—Valencia.—Los pasatiempos sirven. ¿Quiere usted un consejo? Cuide más la letra.

Miguel Portal.—La Línea.—Aprovecharé algo.

Pedro Paz.—Madrid.—Recibí la carta. De esta remesa puedo aprovechar poco.

Flora Gilman.—Idem.—Sí.

E. G. Bastos.—Idem.—Sirven algunos.

Bernardo González.—Valladolid.—Sí, señor, con mucho gusto.

José Guillén.—Villena.—Idem id.



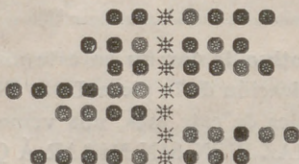
ADIVINANZA por Catalina Gómez.

Entre dos paredes verdes
hay una flor encarnada,
que se puede presentar
en el reino de Granada.

JEROGLÍFICO por Luis Tenorio.

4 TI 2

SUSTITUCIÓN por Francisco Petit.



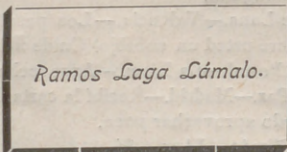
Sustituid los puntos y estrellas por letras de modo que se lean horizontalmente nombres de varón y verticalmente el de una ciudad española.

CHARADA por Esperanza Lara.

No vi sin *primera* ciudades ni muros,
ni recios pilares, ni pueblos seguros;
ni vi abecedario que no contuviera
la letra que forma *segunda* y *tercera*.

Mas vi muchas niñas, así no las vea,
altas y bajas, bonitas y feas,
que buscan el novio, la moda y la cita
y no hacen el *todo* de mi charadita.

TARJETA por Vicente Luna.



Combinad las letras y hallaréis el nombre de una actriz cómica y el punto donde nació.

JEROGLÍFICO por Vicente Más.

2 { Carabaña.
Loeches.

FUGA DE VOCALES por Blas Pérez y Cia.

P.r l. c..st. d. l. v.d.
¡c.n q..pl.c.r s. .ch. .ndr!
¡C..nt. s. s.fr. l s.b.r!
¡C..nt. s. ll.r. l b.j.r!

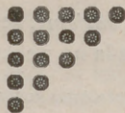
LOGOGRIFO por Antonio Montaner.

| | | | | | | | | | |
|---|--------|---|----------------------|---|-----------|---|-----------|---|------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | Periódico. |
| 4 | 7 | 4 | 1 | 2 | 3 | 6 | Adjetivo. | | |
| 4 | 5 | 4 | 9 | 6 | Apellido. | | | | |
| 9 | 2 | 6 | Composición poética. | | | | | | |
| 8 | Vocal. | | | | | | | | |

CHARADA por Juan Cano Maresco.

Prima dos en el soldado;
corriente de agua mi *tres*,
y el *todo* está en toda casa;
aciértame lo que es.

TRIÁNGULO por Carlos Abejón.



1.^a, lo que tienen los árboles; 2.^a, para volar;
3.^a, cosa creada por Dios; 4.^a, naipes, y 5.^a, con-
nante.

SOLUCIONES

A la adivinanza por Carmita Alonso: ELEUTERIO.

A la efe numérica por F. Guerrero: TEODORA.

A la charada por Salvador Domínguez Tejedor: CARÑOSO:

Al jeroglífico por I. Sanchis: ENTREGADO.

A la tarjeta por Luis R. L.: JOSÉ CANALEJAS; MADRID.

A la fuga de vocales por Ricardo Menor:

Á ROSA Y AZUL debemos
con gran aplauso admirar,
porque no altera su precio
valiendo cada vez más.

Al jeroglífico por Gil Farrán: ENGOMAR.

Al chiste-adivinanza por C. Hartley: EN LA RED DE SAN LUIS.

Al rombo por J. A. Martínez:

M
M A R
M A R Í A
R Í E
A

A la charada por José Pedrero: MARQUILLA.

COLEGIO DE ESCRIBANO

1.^A Y 2.^A ENSEÑANZA. — CARRERA DE COMERCIO

Pontejos, 1. -- MADRID

Este centro de enseñanza, cuyo higiénico local nada tiene que envidiar á los de mejores condiciones de esta corte, cuenta con todo el material que hoy exige la moderna Pedagogía.

El nombre de su Director es bien conocido por cuantos se dedican á la enseñanza.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA MADEMOISELLE

Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas

En todas las farmacias.

COLEGIO DE ALFONSO XIII

Antonio Grilo, núm. 8

MADRID

OBRA NUEVA

R. P. ZAHM, dominico.

LA EVOLUCION Y EL DOGMA

Un tomo en 8.^o francés, con esmerada encuadernación, 5 pesetas.

Pídase á la SOCIEDAD EDITORIAL ESPAÑOLA, San Roque, 18, Madrid.

ADVERTENCIA

Tenemos algunas colecciones, muy pocas, encuadernadas del año 1904 (primero de la publicación de Rosa y Azul) al precio de 8 pesetas.

Los que deseen alguna, pueden pedirla á estas oficinas, acompañando su importe en libranzas de Prensa, del Giro Mutuo ó Sobre Monedero.

FAMOSO METODO DE LECTURA

EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

| | |
|--|-----------|
| Pepe 1. ^o (1. ^a sección), económ. ^a . | 0,2 ptas. |
| » 1. ^o (2. ^a sección) | 0,25 » |
| Pepe 1. ^o , lujo | 0,50 » |
| Pepe 2. ^o | 0,50 » |
| Pepe 3. ^o | 0,75 » |
| Pepe 4. ^o | 1,00 » |

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.

Espíritu Santo, 28, MADRID



LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MAS HIGIENICA LA QUE MEJOR PESA

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á 25 céntimos.

En el sobre-monedero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: GOYA, 19, BAJO MADRID

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quilana, 38.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la Denticina que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 8 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela males digestiones se cura con Perla Estomacal F. Moreno. Conocida en todo el orbe. Caja: 8,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

Para anuncios en esta revista, diríjanse á

LA PRENSA

SOCIEDAD ANUNCIADORA

MAYOR, 1.—TELEFONO 123.—MADRID

PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD** — con cocaína —
Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thiocol-olivan-vanádico-fosfo-glicólico
De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**, Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor, Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid